AGONIA CONFUTANS

POR

JUAN BENET

Personajes: CORPUS, PERTES y EL CENSOR

PROLOGO

EL CENSOR.—Señores: En vista de las crecientes dificultades que presenta el negocio de la escena hemos decidido simplificar muchas cosas. Así pues, para una mayor claridad y mejor comprensión de la representación se ha prescindido de la continuidad de las escenas. Por consiguiente, éstas se desarrollarán de acuerdo con un orden natural, aunque un tanto arbitrario. En cuanto a los actos, que son dos, se puede decir que la ordenación adoptada no es rigurosa, porque es indiferente al carácter de la obra; si así se desea se puede invertir, y de esa forma, sin alterar el ambiguo significado de la comedia, se modifican sus matices. Por nuestro gusto también habríamos prescindido del escenario y del elenco, pero ello no ha sido posible por razones técnicas que no vienen al caso. Por lo que respecta al público, su presencia, o la falta de él, es cosa que a él incumbe y a él toca decidir. Ni que decir tiene que su comparecencia —aun cuando facilita mucho las cosas— sólo añade un rasgo físico al aspecto de la representación que, por otra parte, puede y debe prolongarse a espaldas de él. No hemos reputado imprescindible ni necesario que la acción dramática ocupe todo el plazo de la representación, entendiendo por tal aquel durante el cual el telón se encuentra alzado. No creemos necesario apelar a la experiencia cotidiana para justificar los posibles hiatos. El hecho de que en ocasiones el discurso de los actores se haga apenas perceptible no se debe atribuir ni a su torpeza ni a su falta de práctica; antes al contrario, es consecuencia de su capacidad para poner de manifiesto, incluso en la escena, tonos muy diferentes del habla. Si en algún momento todo induce a pensar que se han trasmutado sus papeles y que sus palabras contradicen a su naturaleza, el espectador debe reconocer que la confusión nace de sus propios prejuicios, cuyo origen hay que buscarlo —tal vez— en la costumbre que abriga de escuchar ciertas palabras, siempre las mismas, en labios de personajes disfrazados a tal fin, con ropajes invariables. Y en cuanto a algunos parlamentos cuyo significado queda aparentemente indeciso, es nuestro parecer que el espectador, para alcanzar una justa satisfacción al afán que le trajo aquí, debe por sí mismo buscar aquellas fórmulas de interpretación que le proporcionen la más cabal recompensa.

CORPUS.—Me encuentro mal. Uno de esos días en que nada se ve claro. Pertes, mi impresión es que estamos acabados. Estos últimos días han sido terribles, los peores de todos. El único consuelo consiste en creer que, estando las cosas como están, nada puede ir a peor. Pero luego, al día siguiente, todo empeora; las pocas cosas que me mantienen en vida empieza a faltar. ¿Y para qué se va a despertar al nuevo día, si va a ser peor que el anterior?

PERTES.—Me tienes a mí.

CORPUS.—Ya lo sé; y tú a mí.

PERTES.—Por eso estoy aquí.

CORPUS.—No me atrevo a decir lo mismo. En primer lugar, porque no es gran cosa tenerte siempre a mi lado. Me parece que exageras tu compañía y te aprovechas de que estoy decepcionado respecto a todo lo que me rodea. Pero, además, si no fuera así, el servicio que me estás haciendo es más que discutible. Sobre eso te quería hablar; no sólo creo que exageras tu importancia, sino que tienes una seguridad excesiva (y hasta ofensiva) acerca de tu función en la vida.

PERTES.—¿Y cómo sabes que yo tengo una función en la vida? ¿Quién te ha dicho eso?

CORPUS.—Ahora no recuerdo quién me lo ha dicho. Quizá no me lo ha dicho nadie; muchas cosas las he aprendido yo solo. Siempre me he tenido que valer por mí mismo.

PERTES.—Y eso ¿cómo lo sabes?

CORPUS.—No me preguntes cómo lo sé. Esas cosas no se saben, se sienten. Las cosas que se saben apenas importan; no son muchas y no sirven para nada. En cambio, las que se sienten... nunca nos podremos librar de ellas. Justamente por eso, porque al no llegar a saberlas no podemos darnos cuenta de que también tienen poca importancia. Es terrible.

PERTES.—Y eso... ¿lo sabes o lo sientes?

CORPUS.—Lo... siento. Si lo supiera no tendría que preocuparme más de ello. En eso consiste el miedo, me parece a mí. ¿Verdad que es terrible?

PERTES.—Cuanto más lo pienso más terrible me parece. Después de todo, puede que no sean tan graves. Quizá llegue un día en que lleguemos a saberlo todo y entonces podemos reirnos del miedo que hemos pasado. Como al salir de la infancia o del sueño.

CORPUS.—No es sueño, no. Si lo fuera ya no estaría yo aquí. Estoy aquí tan sólo porque no sé dónde estoy. Antes que llegue ese día, yo me largo, te lo aseguro. El día que sepamos dónde estamos, todo lo que hay debajo de los pies, ¡pues no has dicho nada!

PERTES.—¿Y si no es tan malo como parece?

CORPUS.—No puede ser. No sería justo. Me estoy poniendo mal, ¿no comprendes que soy un enfermo? ¿Qué otra clase de conversación me puedes ofrecer?

PERTES.—¿Por qué no nos transmutamos?

CORPUS.—Hoy no; lo dejaremos para otro día. Estoy completamente agotado.

PERTES.—¿Cómo lo sabes?

CORPUS.—Las encías, lo de siempre. Ese dolor en el arranque de los dientes. Un dolor desconocido para ti. Así se explica tu manera de vivir. Si un día se presenta ese dolor, Pertes, no lo pienses dos veces.

PERTES.—No lo podré pensar ni una sola vez. Porque si llega ese dolor me acordaré de que hay cosas por las que no tengo el más leve apego.

CORPUS.—¿No le tienes cariño a tus dientes?

PERTES.—No tengo cariño al sufrimiento. Yo no he nacido para sufrir, tú siempre lo has dicho.

CORPUS.—Lo que no comprendo es cómo te puedes acordar de tantas cosas. Siempre tienes una palabra para todo; no comprendo cómo se puede vivir así, recordando en cada momento qué es lo que uno quiere y lo que no quiere. A qué se le tiene apego y a qué no. Debes tener una memoria privilegiada. Yo sería incapaz de llevar una conducta como la tuya. Cuando una cosa me viene a la cabeza tengo que pensar mucho antes de decidir si me gusta o no. Me horrorizan los pasos en falso. Y, además, nunca viene sola, arrastra otras muchas consigo, para las cuales no puedo conformarme con un único veredicto. Pero todos los que tenéis una memoria privilegiada sois así: gente muy decidida, poco escrupulosa y sin mucha sensibilidad. Y gente de buena salud, para colmo. A mí no me gusta mucho esa gente.

PERTES.—A mí no me disgusta. Corpus...

CORPUS.—No me llames Corpus.

PERTES.—Corpus: me parece que estás resentido porque ayer no te traje el licor para la boca.

CORPUS.—Tampoco te lo pedí, que yo sepa.

PERTES.—Por eso estás resentido; si me lo hubieras pedido, ahora tendrías una razón para protestar. Estás resentido porque suponías que yo te lo iba a traer sin necesidad de que tú me lo pidieras. Pero yo juré que, por ningún pretexto, podía llegar mi obediencia hasta el punto de ahorrarte la petición. Compréndelo, no es por orgullo, es por dejar las cosas claras. Me parece a mí que si te acostumbras a que te traiga el remedio sin necesidad de que tú lo pidas, vamos por mal camino. Nadie es capaz de decir dónde podríamos desembocar.

CORPUS.—Yo no te lo pedí porque sé (de sobra lo sé) que sin que yo lo pida tú no me lo has de traer. Tú nunca has vendido un favor gratis. De forma que si callé no fue para probar tu reacción (las presumo todas con los ojos cerrados), sino para cerciorarme una vez más de lo bien que te conozco. De verdad te digo que si me hubieras traído el remedio no sé qué habría podido más: si la alegría de ver que, a pesar de tu codicia, eres capaz de un rasgo de generosidad o el dolor de comprobar que mis premoniciones no eran exactas. Yo creo que lo segundo.

PERTES.—Por eso lo hice, por eso no lo traje. Cualquier cosa que yo haga no podrá nunca competir, en lo que se refiere a la satisfacción que a ti te procura, con lo que tú piensas que yo tengo que hacer. Si no hubiera sido por el afecto, créeme, te habría traído el licor.

Soy yo, reconócelo, quien conoce mejor al otro y por una única razón: porque yo soy capaz de pensar como si estuviera dentro de ti y me espolease tan sólo lo que a ti te conviene y lo que a ti te complace. Con olvido de mis preferencias, incluso. A eso se le ha llamado siempre sacrificio.

CORPUS.—Sacrificio no, eso está por ver. En todo caso capacidad para el sacrificio. Pero escucha, no sólo te puedo replicar de la misma manera, sino que voy más lejos. A los que presumís de sacrificaros por el otro os gusta ponerlo de manifiesto en cada ocasión. Pero tenía yo que ser muy lerdo para desperdiciar la ocasión de demostrar hasta qué punto todos tus actos están dictados para celebrar y cantar tus sacrificios. Y fíjate si estaba en lo justo que lo pensé mucho durante toda esa mañana mientras la boca me dolía a rabiar. Reconozco que tuve un momento de mucha vacilación hasta que se me hizo la luz; me dije, sin duda que si trae el remedio sin que yo lo pida, nada le impedirá pregonar el sacrificio de su prenda más querida, el orgullo. Pero en seguida comprobará que tal sacrificio es inútil y casi inexistente, no sólo porque el orgullo, muy lejos de sentirse herido, se mostrará muy satisfecho de un acto realizado contra mis previsiones y guiado exclusivamente por su albedrío, sino también porque mi contento (y el sacrificio se hace siempre para el contento de otro, no hay que olvidarlo) por fuerza ha de verse mitigado por el malestar que me habría producido un gesto que tanto me mortifica. De esta forma, convéncete, sólo habrías obtenido mi disgusto (y yo no digo que sea poca cosa, tratándose de ti) a costa: primero, de un acto de generosidad que no recibe el reconocimiento debido, y segundo, de un verdadero sacrificio sobre el que no es posible montar un aparato de propaganda, cosas ambas mucho más valiosas para tu carácter que el reconocimiento de mi error y (no digamos) que el alivio que me habría producido al dolor de la boca.

PERTES.—No has dado en el clavo. En vano has tratado de torturarme, y ahora, de manera desesperada, quieres encontrar la explicación a un gesto que, lo mires por donde lo mires, se volverá siempre contra ti. Tú mismo has reconocido que esperabas que yo no te trajese el remedio. Y, sin embargo, me consta (y te consta a ti también, y por mucho que lo disimules ahí está el dolor para probarlo) que deseabas que lo trajese. En tales circunstancias podías haberlo pedido o haberlo dejado de pedir, pero el deseo (en lo que al remedio se refiere) seguía siendo el mismo. De forma que cuando no lo pediste (deseándolo como lo deseabas) es porque decidiste prescindir de él para probar una cosa que te acuciaba con mayor fuerza: demostrar mi mala fe. Cosa fácil de probar y en cierto modo evidente desde el momento que yo no lo traje sabiendo (sin que tú me lo dijeras) cómo te dolía la boca. Todo habría sido mucho más sencillo si no hubieras adoptado esa actitud previa, ya que, con el propósito de aliviar tu malestar, yo habría podido llevar a cabo un acto en el que se pusiera de manifiesto mi devoción y mi buena disposición de ánimo. Pero con tu actitud no sólo se pondría de manifiesto eso, sino también el recelo que te inspiran todos mis actos y el rencor que guardas para mí, y que

para ser justo ha de corresponderse con un sentimiento mío hacia ti, de análogo carácter. En tales circunstancias, el haberte traído el remedio habría venido a ser la demostración tácita de una de estas dos cosas: o que tu rencor no es justo, porque no se corresponde con los sentimientos con que yo te trato o que es la justa réplica para lo que yo abrigo hacia ti. Y yo no podía pasar por ninguna de las dos cosas, ni siquiera por la primera (que parece más considerada hacia mí), por cuanto viene a desenmascarar un carácter hacia el que no se puede abrigar un afecto sincero ni cualquier otro sentimiento que no lleve dentro de sí una gran doblez. Para contradecir, por un método tácito, tu suposición tuve que elegir el único camino que me dejaste y sustituir un inocente y pequeño sacrificio (de los que según tú tanto me vanaglorio y tan bien aprovecho) por un gesto de evidente egoísmo, cuyo único objeto era poner de manifiesto mi buena fe. Así que vuelvo a lo de antes; tú bien sabes que (sintiendo tu dolor como cosa mía) no traje el remedio para demostrarte mi afecto.

CORPUS.—Una demostración un tanto bizantina; y un afecto bastante singular y que, en definitiva, sólo se traduce en perjuicios, recriminaciones y dolor. Así que, espero, no será mucho rogarte que procures cancelarlo. Yo no sé qué concepto del afecto tienes tú; debe ser muy alto, sin duda, porque para demostrar que tu afecto es de buena ley eres capaz de cualquier bajeza, con tal que su lógica no se vea empañada. Por el contrario, te diré que el afecto puede pasar por alto toda la lógica (incluso la de los sentimientos) y se extiende tan sólo por ese primer nivel de la conducta que se obliga a sí mismo a procurar el bien, o el cese del mal, de los demás. Para lograr ese fin una persona de calidad no vacilará en contradecirse y pasar por otra cosa que lo que es. Por el contrario, aquella otra tan pagada de sí misma que es capaz (y cito tus propias palabras) de sustituir un gesto generoso por otro egoísta, nos viene a demostrar, lo quiera o no, que lo único que le importa es su propia satisfacción. Si tú me tienes el aprecio que dices, lo tienes que demostrar en ese primer nivel del que te hablo, en el cual tus móviles han de estar dictados por mis necesidades. Otra cosa es una superchería, y la mayor de ellas (en la que tan frecuentemente cae la gente vanidosa como tú) es identificar y sustituir el aprecio a mi persona por el aprecio al aprecio en que yo te tenga. Y eso es solamente egolatría. El aprecio desinteresado sólo se puede medir cuando no es correspondido; cuando es correspondido se mezcla con el sentimiento recíproco que naciendo del paciente vuelve al agente y se traduce en amor propio. En esa situación de mutua complacencia ¿quién es capaz de separar el afecto al otro del amor a sí mismo puesto de manifiesto por el afecto del otro? Pero aún hay más; quien, como tú, parte de esa conjetura para trazar su conducta, llega en ocasiones a olvidar o descuidar el papel activo que ha de desarrollar para llevar a cabo el trueque de sentimientos y (estimando que él ha pagado en demasía) se presenta siempre en situación de acreedor. Cuando adquiere esa mentalidad no hace sino exigir, apremiar, recordar una y otra vez las cantidades que ha desembolsado, advertir que

su paciencia tiene un límite. En definitiva, atender a sus propias cuentas y no a las necesidades del otro. Podrás justificar como tú quieras la bajeza de ayer; pero convendrás conmigo que todas son justificaciones ante ti mismo; un balance de tu propia cuenta. En cuanto a mí, la cosa está tan clara como al principio: yo necesitaba el remedio y tú no me lo trajiste. Y ésa es la cuenta, antes que cualquier otra, que al verdadero afecto debe importar.

PERTES.—Ah, no, Corpus; de ninguna manera. Esa es la cuenta que más debería importar... si no hubiera más que una. O si las otras estuvieran más o menos saldadas, si tuvieran un historial bastante limpio. Esa es la manera de pensar del egoísta nato. Según ese código yo tendría que rebajarme a satisfacer todos tus caprichos cualquiera que fuera tu conducta para conmigo. No había de tener ojos ni oídos ni sentido alguno que no estuviera atento sino a la más leve indicación tuya. ¿Hasta cuándo? ¿Hasta dónde? ¿Incluso si pervertido por tanta oficiosidad tus sentimientos degeneran en odio y tu ternura en crueldad? Yo digo que no; el verdadero afecto (y me parece que en eso no hago sino seguir tus palabras) ha de ser consciente del equilibrio y la paridad entre los sentimientos intercambiados. En cuanto se rompa o se comprometa ese equilibrio ha de procurar restablecerlo. Es la única salida; el afecto sólo puede prevalecer en una situación de reciprocidad; y aquel que lo olvida será siempre responsable de su extinción. De la aparición del afecto, ni somos responsables, ni (en gran medida) podemos avalarlo. Nuestra prueba no consiste en recibir el don, sino en conservarlo. Era, en el fondo, la única razón que me movió a no traer el remedio cuando tú, unilateralmente, decidiste desequilibrar la balanza de nuestros sentimientos para tu propio provecho. Yo quise volverla a su fiel, quizá equivocadamente, no lo niego, porque sólo en el fiel se puede saber si nuestras relaciones han de seguir informadas por el afecto o por otro vínculo cualquiera. Ahora me convenzo que tú sólo querías obediencia y devoción. Ya ves que al menos ha servido para eso.

CORPUS.—No ha servido para nada. Lo malo no es que me trates de engañar, sino que te engañes a ti mismo. ¿Quién eres tú para decidir cuál es el momento de ponerme a prueba? ¿Qué prueba te di yo hasta ese momento de que mi afecto había sufrido un cambio? No fui yo al no pedirlo, sino tú al no traerlo quien desequilibró la balanza.

PERTES.—Tú mismo reconociste que no esperabas que lo trajese. En la desconfianza se mide el cambio.

CORPUS.—¿Y quién me inspiró esa desconfianza? ¿Te crees que la engendré por mi propio gusto?

PERTES.—¿Y no estoy yo en la misma circunstancia? ¿Quién es capaz de decir dónde empezó todo esto?

CORPUS.—¿Quién sino tú?

PERTES.—¿Por qué yo? ¿Por qué no tú?

CORPUS.—Cualquiera de los dos, da lo mismo si hablamos con sinceridad.

PERTES.—¿Por qué no nos transmutamos?

CORPUS.—Imposible. Es un mal día para mí y necesito aprovecharlo íntegramente.

PERTES.—Entonces, que lo diga el Censor.

CORPUS.—¿Dónde está?

PERTES.—Está ahí, nos ha estado escuchando todo el rato.

CORPUS.—Ven aquí, tú. Di ¿dónde crees que se engendraron los cambios?

EL CENSOR.—¿Qué cambios?

CORPUS.—Los de siempre; apenas se ha enterado de nada.

PERTES.—El cambio en nuestros sentimientos. Ni Corpus ni yo somos los mismos de antes. ¿Es que no te has enterado?

EL CENSOR.—No, no lo sabía. Pero, por lo que a mí se me alcanza, eso no tiene mucha importancia.

CORPUS.—¿Es que no comprendes que nuestras vidas han cambiado?

EL CENSOR.—Claro que lo comprendo; sólo digo que no vale la pena preocuparse por ello.

PERTES.—Descreído.

CORPUS.—La insolencia y el despego del hombre que carece de sentimientos. Hombre sin escrúpulos, sólo piensa en la forma de enriquecerse.

EL CENSOR.—¿No decís que no sois los mismos de antes?

CORPUS.—Eso es. ¿Te parece poco?

EL CENSOR.—Entonces tampoco sois los mismos que seréis mañana.

PERTES.—Parece probable.

CORPUS.—Me da vértigo pensarlo. Calla tú, Censor, que me aturdes.

EL CENSOR.—Si no vais a ser los mismos que mañana, ¿qué os importa ser distintos a los de ayer?

CORPUS.—A mí no me importa mucho; solamente lo hago constar.

PERTES.—Lo que a mí me preocupa es que cambie él, pero yo no. Me parece injusto; no paso por eso.

EL CENSOR.—¿Y si cambias tú y él permanece como es?

PERTES.—Tampoco me seduce esa idea, aunque me horroriza menos que la otra. Yo quiero que los dos vayamos a la par, tanto si cambiamos como si quedamos los mismos.

CORPUS.—Yo prefiero lo contrario; si cambiamos los dos al mismo tiempo no nos enteramos del cambio. Para eso es preferible no tomarse esa molestia. Así, pues, he decidido cambiar yo solo mientras tú quedas como ahora. Pertes, ¿me puedes traer ese remedio para el dolor de boca?

PERTES.—Aquí lo traigo; lo tenía ya preparado porque supuse que lo habías de necesitar.

CORPUS.—De entre todas tus virtudes, Pertes, ninguna tan asombrosa como tu solícita previsión. Muchas veces me digo: pobre diablo, ¿qué sería de ti sin una persona que conociera tus gustos y adivinara tus necesidades?

PERTES.—¿A quién te refieres ahora?

CORPUS.—Me refiero a ti, el único sostén de mi edad. La persona abnegada que, día tras día, sufre sin el menor reproche todas mis intemperancias y no sabe ver sino a través de mis ojos. En ocasiones me pregunto si no seré el testigo de un milagro; porque tu conducta no deja de ser milagrosa. ¿Cómo me puedes aguantar?

¿Cómo es posible que aún me guardes un poco de afecto? Es incomprensible para mí; cuántas veces me digo: monstruo, lo estás matando. ¿Qué es lo que pretendes? ¿Por qué no le dejas libre?

PERTES.—Una presunción como otra cualquiera. Y como todas las demás, equivocada. No acierto a saber dónde está mi sumisión, en qué momento he perdido mi libertad. Muy al contrario, te diré que cada día me encuentro más a mis anchas. Y mi decisión de seguir aquí, a tu lado, es tanto más libre cuanto que ni siquiera está condicionada por el placer de estar a tu lado. Ahora, con el placer y el amor desvanecidos, sí que puedo decir que se trata de una decisión lúcida y libre, apenas empañada por las tendencias del alma y los imperativos del deseo. Te has equivocado una vez más; has tomado por afecto lo que es producto de cálculo, e interpretas como sacrificio lo que no es más que venganza. Pero así es mejor, ahora me puedo regocijar, incluso, de mis condiciones para el teatro.

CORPUS.—Sí, es una representación bastante buena; te has compenetrado tan cabalmente con el personaje que ya no serás capaz de salir de él. Tan sólo digo, Pertes, que es lástima que una identificación tan costosa y que requiere tantos sacrificios por tu parte, no tenga más objeto que distraer a un público escaso e ingrato. La mejor parte de tu comedia es aquella en la cual, para no mortificarme ni hacerme acreedor de todos tus desvelos, te decides a representar y encarnar un segundo papel con el que desmentir y disimular al que verdaderamente te cuadra. Un desvelo más, hábil y desinteresado, que habla muy alto de esa generosidad con que tratas de aliviarme en estos días tan malos.

PERTES.—Está bien, si así lo quieres, sea. No tengo ganas de discutir. Tienes que reparar, con todo y con eso, que sea cual sea la índole de la comedia con que pretendo ocultar mis auténticos propósitos y de la otra comedia con que me propongo disimular que represento una comedia, lo cierto es que la representación se traduce, en lo que a ti se refiere, en una interminable agonía. Que mis actos los interpretes como sacrificios o venganzas, que mi conducta a tus ojos sea generosa o egoísta, tanto me da. No dejan de ser opiniones. Para mí lo importante, y eso ya ves qué bien lo he conseguido, es inducir en tu ánimo ese sentido de culpa e impotencia. No puedo aspirar a más porque no puedo causarte mayor daño que tenerte reducido al estado en que te encuentras y mantenerte así, días y más días.

CORPUS.—Sí, me encuentro mal, muy mal; cada día peor. No creía yo ayer que podría amenecer un día peor. Anteayer pensé lo mismo y amaneció ayer, comparado con el cual el día anterior fue si no de bienestar al menos de calma. Porque ayer la tortura fue tal que llegué a pensar que al fin había tocado el fondo del sufrimiento y había llegado a comprobar sus límites. Lo que me supuso un alivio gracias al cual logré resistir hasta que amaneciera hoy, un día tan horrible que me obliga a reconsiderar las cosas y a pensar que el abismo de malestar y embrutecimiento en el que me hundo no tiene fondo; por eso mismo, nunca dejaré de estar peor, ¿no crees tú, Pertes?

PERTES.—Creo que depende de mí más que de ti. Para que puedas gozar de un cierto alivio han de ocurrir dos cosas: primera, que puedas valerte por ti mismo para hacer cualquier cosa, la más nimia; eso será posible siempre y cuando yo deje de hacerlo todo por ti y tenerte así, con mi solicitud, reducido a la impotencia más absoluta. Es posible que un día te procure un cierto alivio, muy ligero, permitiendo que hagas una pequeña cosa (nada trascendente, por otra parte) sólo para demostrar que mi dominio de la situación es tan completo que tus inútiles intentonas de liberación son el resultado de mi deseo de seguir el juego, de probarme las fuerzas de cuando en cuando y de entretenerme a tu costa. Por otra parte no te queda el recurso de la resignación ni mucho menos la desesperación. ¡Ah! no vayas a creer que he dejado ese cabo suelto; hubiera sido fatal para mí; porque en la desesperación habrías encontrado, sin duda, un gran alivio, una especie de armonía contigo mismo y de alegría de seguir resistiendo aun reducido a la impotencia más negra y a la más severa vigilancia. No; la solución la encontré en mi propio celo, de forma que con el reconocimiento a mis desvelos, se engendra en tu ánimo un sentimiento de culpa y descontento hacia ti mismo que, unido a la invalidez en que te encuentras, te obliga a sentirte cada día peor y a hundirte un poco más en ese abismo del malestar. Así que, te repito, es algo que depende de mí más que de ti.

CORPUS.—Es posible, es posible. Sin embargo, hay cosas que no veo tan claras como tú. Debe de ser, sin duda, porque, como bien dices, la impotencia a que me veo reducido por tus oficios es tan completa que ya no puedo ni razonar ni prever con el mismo alcance que tú. Que dependa de mí o de ti, me importa poco por el momento. Lo que más me importa saber (y quiero que tú me lo confirmes) es si cada día me voy a encontrar un poco peor que el anterior.

PERTES.—Sin duda, un poco peor cada día, mientras yo no decida lo contrario.

CORPUS.—¡Qué alivio! Todo presenta un cariz tan distinto, con esas palabras de consuelo... Yo he nacido para obedecer, para ser mandado. Es una gran ventaja que haya siempre alguien que me diga lo que tengo que hacer; me ahorra tantas preocupaciones y dolores de cabeza... Y ahora que sé que cada día me voy a encontrar peor (sin poder tocar jamás el fondo del malestar), me doy cuenta de que ya no necesito ningún alivio para resistir hasta el día siguiente. Gracias a ti el día siguiente me es concedido, casi gratuitamente, por esa condición del perpetuo empeoramiento de mi estado. Para empeorar es necesario perdurar. Además, tengo un carácter sedentario, qué quieres que te diga; lo que más me molesta son los altibajos y los cambios de fortuna. Sabiendo que cada día mi ánimo va a empeorar, me encuentro, cómo te diré, más protegido, más amparado contra las vicisitudes del humor, contra los sobresaltos de la vida. Una vez más, un gran servicio que hay que atribuir a tu abnegación. Ingrato de mí, tu recompensa es mi rencor; no tengo cura.

PERTES.—Después de reflexionar un rato me atrevo a decirte lo que pienso. Te encuentras tan sin salida, tan agarrado por mi tenaza,

tan inmovilizado, qué estás sobrecogido de miedo. He visto la confirmación de ello en la trampa que me has tendido... en vano. Ya ves que he oído el reclamo, pero no he acudido a su llamada. Podría ocurrir que me convencieras de que has encontrado un cierto bienestar en tu progresivo malestar. La importancia no reside (y creo que tú también lo estimas así) en que tu estado sea de bienestar o malestar. Al fin y al cabo no pasan de ser calificativos y consideraciones adjetivas de importancia menor frente al hecho de que tu estado —sea cual sea, bueno o malo— es obra exclusivamente mía. Una vida así se justifica por su obra, con independencia de su carácter, sea siniestro, sombrío o puramente diletante. Pero lo que cuenta es la paternidad, la creación original. Si tu estado es de bienestar (y te lo aseguro, no me sentiré reconocido por ello) se debe a mi cariño. Si es de disgusto, de profundo e incurable disgusto, se deberá a mi apetito de venganza. Puedes elegir lo que más te apetezca, pero elijas lo que elijas siempre se deberá a un sentimiento que nace en mí. Guardo en mi interior una multitud de sentimientos a fin de corresponder a tus más indecentes caprichos. Así que ya lo sabes, el estado en que te encuentras es exclusiva obra mía.

CORPUS.—Ahora me toca reflexionar a mí.

PERTES.—No me parece oportuno: eso no te puede producir ningún bien ni ningún mal.

CORPUS.—Calla un rato.

PERTES.—No te servirá de nada. Podrías emplear el tiempo en algo más útil.

CORPUS.—Si no recuerdo mal, tu decisión es terminante: para probar mi impotencia te propones hacerlo todo por mí, no permitirme ni un momento de alivio ni el menor gesto de actividad propia.

PERTES.—Mientras no decida lo contrario. Y lo decidiré en atención a mis caprichos; en ningún momento pensando en tus conveniencias.

CORPUS.—¿Y cómo sabrás, con la suficiente antelación, qué es lo que me propongo hacer? ¿Y cómo podrás anticiparte a mí, incluso en los actos más nimios?

PERTES.—No me será difícil; porque te conozco muy bien, en primer lugar, y puedo saber en cada momento qué es lo que te interesa. Porque no descuellas por tu imaginación ni tu inventiva y porque, extremando el celo, haré muchas más cosas de las necesarias para que, rodeado de tanta abundancia, tú no puedas ni mover un dedo.

CORPUS.—Dime, Pertes, ¿adónde has ido a parar? A la más sumisa esclavitud. ¿Quién domina a quién? ¿Quién está sometido al otro? Te has dejado engañar por un espejismo cruel: la ficción de la actividad. Pero la actividad, y sobre todo la tuya, no es más que la función que cumple un organismo al dictado de las órdenes de otro superior. Yo siento quitarte la venda de los ojos, pero considero que se trata de una broma muy amarga, que puede acarrearte consecuencias desastrosas. Tan esclava es tu condición que ni siquiera te puedes dar cuenta de ello porque, si yo quiero, puedo muy bien no dejarte tiempo para saber lo que haces. Basta un leve gesto mío —el levantar una ceja tan sólo— para verte desquiciado, aje-

treado en la más desenfrenada, necia e inútil actividad. No eres dueño de esa actividad que cuando no se reduce a cumplir mis órdenes, es simplemente inducida por un gesto mío. Repara en el rictus de placer que asoma a mi cara; me puedo permitir los goces más crueles y con la mayor economía por mi parte. Y sobre todo, sin que nadie me tenga que pedir cuentas de ello por cuanto tú lo has elegido así, puedo portarme contigo de una manera injusta, cruel, arbitraria y lasciva. Sólo por el puro placer estético de entretenerme; sólo por el puro goce de ejercitar mi poder y comprobar la obediencia y el cumplimiento con que es recibido. Yo soy el tirano y tú eres el esclavo, en eso hemos venido a parar.

PERTES.—Ahora voy a reflexionar a mi vez.

CORPUS.—Será mientras a mí me dé la gana. Porque con sólo levantar un dedo te obligaré a postrarte a mis pies y besar mis plantas.

PERTES.—Cállate un momento.

CORPUS.—Estás perdido, te veo acabado. Comprendo que por mi parte ha sido un tanto cruel hablarte de una forma tan dura, pero...

PERTES.—En puridad, he de reconocer que has hecho uso de la única arma que te quedaba. Un arma muy simple por otra parte, y que desde siglos constituye el último remedio del oprimido. Pero es un arma de dos filos (debes tener mucho cuidado con ella), ¡y qué bien lo sabía yo cuando permití que la guardaras! ¡Cómo adiviné que, nada más sacarla te ibas a cortar tan numerosas veces y con tan profundas heridas que todos tus huesos asoman como las piezas de una vajilla embalada, recubierta de virutas!

CORPUS.—¿Te has tomado ya el licor para la boca?

PERTES.—El licor para la boca. ¿De qué me estás hablando?

CORPUS.—Tus encías.

PERTES.—Diablo, mis encías; las había olvidado. No intentes distraerme, ahora que al fin sé lo que tengo que decirte.

CORPUS.—¿Y cómo lo sabes?

PERTES.—Lo sé, lo intuyo, ¿qué más da eso? ¿Por qué no lo había de saber? ¿Acaso no sabes tú que toda mi actividad obedece a órdenes secretas tuyas? Te diré que en la impotencia a que te tengo reducido había de sacar poco provecho, y ningún goce, si no te hubiera dejado libre una conciencia con la que apercibirte de tu penosa condición. A no ser por esa conciencia no serías un esclavo sino una bestia, sumisa pero quizá feliz. No podía aceptarlo. Para estar satisfecho de tu dolor necesito que te apercibas de él. Esa conciencia es muy pastelera, le gusta endulzar todas las situaciones y no vacila en hacerte creer que porque eres dueño de tus pensamientos eres dueño de tus actos. Y nada más lejos de la verdad; la mejor prueba de ello es el lastimoso estado en que te hallas; y si no lloras, te diré, si todavía te son útiles ciertos consuelos de la fantasía, es porque no te miras al espejo. Te he permitido ser dueño de tu conciencia para que te des cuenta cabal de tu horrible situación; por fuerza he de tolerar ese pequeño desmán de tu imaginación, en virtud del cual te crees a ratos el dueño del mundo. Es una contradicción inevitable; ahora mismo no recuerdo cómo se llama, pero sé que es inevitable. A la postre no te servirá sino para aumentar tus padecimientos por la vía de los contrastes, por la compa-

ración, a la que te dejo libre curso, entre la situación en que te imaginas estar y la que realmente estás cuando la consideras con lucidez. A mí me llamas ciego, desenfrenado y loco, ¡qué más quisieras que serlo tú! Lo importante Corpus, es gozar de cierta armonía interior, todo lo demás son habladurías. En esa actividad inagotable a que me induce tu sumisión es posible que no haya conciencia (no me voy a preocupar de desmentirlo), pero hay armonía. Y si es en la embriaguez, ¿qué más da? Lo importante es vivir con pleno uso de todas las facultades, todas unidas en un mismo acto.

CORPUS.—Si seguimos así podemos no llegar nunca a un acuerdo, y eso es justamente lo que yo pretendo. En definitiva se trata de saber quién domina a quién, todo lo demás nos trae sin cuidado. Tú sostienes que me dominas porque eres capaz de traerme una medicina antes de que yo la pida.

PERTES.—¿Una medicina? ¿De qué me hablas?

CORPUS.—Y yo creo, muy certeramente, que no haces más que seguir paso a paso las órdenes de mi voluntad. Es preciso saber dónde reside la última voluntad.

PERTES.—En ti, desde luego, no. No puede haber en ti voluntad alguna porque vive engañada por los fraudes de la conciencia que, tan hábilmente, he sembrado en tu vida interior. Una voluntad enferma y minada por sus propias contradicciones, ¿qué puede hacer contra mi inagotable apetito?

CORPUS.—Puede odiarte. Puede querer no tener contigo ni un solo motivo de acuerdo, ni un solo momento de paz. Y a tal fin todo lo que sirva, con razón o sin ella, para poner de manifiesto las discrepancias que nos separan, viene a cumplir mis propósitos. Esas protestas tuyas suenan en mis oídos como la música de la esfera; las razones huelgan; yo necesito que tengan siempre preparada la réplica y no me preocupa perder, a tus ojos, la razón con tal de verte en completo desacuerdo.

PERTES.—No puedo darte la razón. Si te la quito es para estar de acuerdo (lo único, por otra parte, que me anima en este momento) y si te la doy es porque estoy en desacuerdo. Como para estar de acuerdo, según eso, tengo que estar en desacuerdo, voy a callarme; así, el primero que hable, diga lo que diga, entrará en contradicción consigo mismo y le dará la razón al otro.

EL CENSOR.—¿Qué demonios os pasa?

CORPUS.—Yo estoy de acuerdo conmigo mismo.

PERTES.—Yo no estoy de acuerdo con Corpus.

EL CENSOR.—¿Alguno de vosotros está de acuerdo con el otro y en desacuerdo consigo mismo?

PERTES.—No, de ninguna manera.

EL CENSOR.—¿Y de acuerdo consigo mismo y en desacuerdo con el otro?

CORPUS.—Tampoco; en tal caso nos transmutaríamos. No vale la pena hablar de eso.

EL CENSOR.—Quizá uno de vosotros esté de acuerdo con el otro en que debe estar en desacuerdo con él.

CORPUS.—Me parece peligroso reconocerlo así. En estas cuestiones hay

que andarse con mucho tacto; un pequeño desliz puede suponer, a la larga, un quebranto definitivo. En principio, es mejor estar en todo en desacuerdo; me parece más higiénico, más simple. Yo, por mi naturaleza, en cuanto reconozco que estoy de acuerdo con algo me siento perdido como si hubiera contraído una ligera infección cuyo progreso, sin que lo pueda medir, va a acabar por destruirme. Es cuestión de naturaleza, creo yo.

EL CENSOR.—El problema, así planteado, es pavoroso. Extremadamente difícil, os lo aseguro. Mi enorme experiencia en estas cuestiones puede afirmarlo de una vez para siempre: es mucho más simple si el problema se plantea estando todos de acuerdo.

CORPUS.—Es más simple pero también es más triste.

PERTES.—No, es mucho más atractivo pero más difícil.

EL CENSOR.—Veamos, hay una cuestión que lo complica todo.

PERTES.—El amor al prójimo.

CORPUS.—No, la ambición.

EL CENSOR.—Yo creo que la mudanza de los hombres, ¿habéis probado a ser los mismos de siempre?

CORPUS.—Jamás hemos dejado de ser los mismos. Es muy fácil demostrarlo. Para ser distinto, en dos momentos distintos, hay que saber cuál es la diferencia y eso exige que se sepa lo que se es en cada momento; pero como yo sé ahora lo que soy, no puedo saber lo que he sido a menos que sea lo que he sido o que sea aquel que siempre sabe lo que ha sido e incluso lo que es; ahora bien, como no se puede ser sin saber lo que se es, tampoco se puede saber lo que se es sin ser lo que se sabe ser, y, por consiguiente, aquel que siempre sabe lo que ha sido es aquel que siempre ha sido lo que sabe ser; y como esto es lo que es, esto mismo es lo que ha sido.

EL CENSOR.—Ya.

PERTES.—O a menos que no sepa nunca lo que es o que sepa solamente lo que no sabe ser. En tal caso, como no sabe lo que es, tampoco supo lo que fue y sigue siendo aquel que sin saber lo que ha sido ni lo que es, puede saber que no es lo que ha sido.

EL CENSOR.—¿Y por qué no probáis a no ser lo que habéis sido?

CORPUS.—Nos sentiríamos muy solos.

PERTES.—Además, hace falta mucha fuerza de voluntad. ¿Qué otra cosa, que esté a nuestro alcance, se te ocurre?

EL CENSOR.—No se me ocurre gran cosa. Es un caso extremadamente difícil. No quedan muchas soluciones.

PERTES.—Eso es lo más triste; no queda ninguna solución; lo hemos ensayado todo.

CORPUS.—Hemos ensayado la amistad, el afecto y, aunque te parezca exagerado, hasta la convivencia. Ultimamente hemos probado con el rencor y el resentimiento y también nos ha ido mal.

EL CENSOR.—¿Habéis probado la indiferencia?

PERTES.—También, también. Eso fue lo primero.

EL CENSOR.—¿Las relaciones sexuales?

PERTES.—Eso antes que todo; un fracaso.

EL CENSOR.—¿Habéis hecho el ensayo de separaros?

CORPUS.—¿Apenas nos hemos conocido y ya quieres separarnos?

PERTES.—Quizá tenga razón, Corpus. Todo esto ha sido una locura;

una utopía muy bella pero imposible. Yo estoy dispuesto, una vez más, a sacrificarme por ti siempre que sepas que gracias a mí se puede remediar la situación.

CORPUS.—Me niego a aceptarlo, de sobra lo sabes. ¿Y si nos transmutamos, Pertes? Quizá en tu situación me atreva ahora a dar por buenas ciertas cosas que hasta ahora mi orgullo había recusado.

PERTES.—Acepto la transmutación con tal que no obre el más leve cambio.

CORPUS.—Aceptado.

(Se cambian de puestos.)

CORPUS.—No parece que nada haya cambiado.

PERTES.—Todo sigue igual.

TELÓN

ACTO SEGUNDO

PERTES.—¡Qué hermosa mañana!

CORPUS.—Un día radiante. Uno de esos raros días en los que hasta las rosas parecen hermosas.

PERTES.—Es una suerte poder disfrutar de días así. Una suerte que le está deparada a muy pocos.

CORPUS.—También somos muy pocos los que sabemos extraer todo el placer de tanta munificencia.

PERTES.—Observa a tu alrededor: todo nos sonríe.

CORPUS.—Y todo invita a pensar que nos seguirá sonriendo. Es muy difícil que una paz tal se pueda romper.

PERTES.—Paz y prosperidad.

CORPUS.—Todo va unido.

PERTES.—No olvides tampoco los goces del espíritu.

CORPUS.—No, no los olvido.

PERTES.—Ni la alegría de vivir.

CORPUS.—Me rebosa por todas partes.

PERTES.—¿Qué más cosas hermosas podemos mencionar?

CORPUS.—Mil cosas más; en definitiva, la embriaguez del alma.

PERTES.—Y todo con serenidad.

CORPUS.—Y aplomo. Sonrisa y aplomo; esto es el Olimpo.

PERTES.—Aún me parece que te quedas corto.

CORPUS.—Es posible; sólo era una manera de hablar para entendernos.

PERTES.—Eso no es difícil. Siempre nos hemos entendido a la perfección.

CORPUS.—Dime, Pertes, ¿llega hasta ti el aroma que yo percibo?

PERTES.—No digas más, embriagador.

CORPUS.—¿Y la música?, ¿oyes la música?

PERTES.—No la oigo pero la imagino. ¿Qué crees tú que son? ¿Chirimías?

PERTES.—Dulzainas, diría yo. Delicioso, ¿no?

CORPUS.—Insospechado.

PERTES.—¡Qué días inolvidables!

CORPUS.—Y en cuanto al espectáculo de la naturaleza, ¿qué tienes que decir?

PERTES.—Es tan armonioso que apenas puedo fijarme en los detalles. Todo lo veo a través de un aura de felicidad.

CORPUS.—Yo también; debemos ser muy felices, Pertes.

PERTES.—Eso creo yo. Muy, muy felices.

CORPUS.—También lo merecemos.

PERTES.—Muy cierto. Lo tenemos bien ganado.

CORPUS.—Yo estaba seguro de alcanzarlo.

PERTES.—Yo también; nunca lo puse en duda.

CORPUS.—Repara en que hasta ahora sólo hemos hablado de los placeres solitarios, por así decirlo. Todavía no hemos sacado a colación lo que cada uno de nosotros supone para el otro.

PERTES.—Y sin embargo nos consta que aquéllos son la consecuencia inmediata de esto otro. Lo sabía desde el primer momento. ¿Crees tú que es necesario mencionarlo?

CORPUS.—Mencionar ¿el qué?

PERTES.—Nuestros sentimientos.

CORPUS.—No es necesario pero es halagador.

PERTES.—Al fin y al cabo, si no hablamos de nosotros, ¿quién lo va a hacer? No me refería al hecho de que fuéramos nosotros, sino a la necesidad de hacerlo.

CORPUS.—Hacer..., ¿qué?

PERTES.—Hablar de nosotros mismos. Explicar nuestros sentimientos. Yo creo que la gente habla de sus sentimientos sólo cuando no los tiene claros. Cuando están claros lo mejor es disfrutar de ellos.

CORPUS.—En silencio.

PERTES.—Y compañía. Sintiendo que el otro también forma parte de uno. ¿Cómo lo llamarías tú a eso?

CORPUS.—Afecto.

PERTES.—¿Y abnegación, tal vez?

CORPUS.—No, la abnegación nada tiene que hacer aquí. Exige que alguno se sacrifique, en todo o en parte, y que sepa que aquí no se sacrifica nadie porque no hace falta.

PERTES.—¡Qué razón tienes! ¡Cómo me gusta que tengas razón! ¿Cómo le llamarías tú a eso?

CORPUS.—¿A qué?

PERTES.—A que a mí me guste que tú tengas razón.

CORPUS.—Dime, Pertes, ¿no te viene un poco de sueño?

PERTES.—Un cierto sopor. Un sueñecillo agradable.

CORPUS.—Pues yo creo que a eso se le puede llamar compenetración. O, *mutatis mutandis,* identificación, aunque esto último me parece exagerado. Yo prefiero, en gracia de un poco de rigor, renunciar a la redundancia. Me parece un vicio, un ardid, de la gente que se halla en conflicto con su propia conducta.

PERTES.—Hay gente así, ¿verdad?

CORPUS.—Ya lo creo. Mucha. La mayoría de la gente sufre ese conflicto entre su conducta y su voluntad. Te voy a decir más, toda la gente es así menos, que yo sepa, nosotros dos.

PERTES.—Eso te iba a decir, menos nosotros dos. ¿A qué se debe ese privilegio, Corpus? Debe ser la compenetración.

CORPUS.—Y otras muchas cosas que no vale la pena analizar. Eso sólo sirve para tomar la parte por el todo.

PERTES.—O viceversa, ¿cómo le llamarías tú a eso?

CORPUS.—Sinécdoque.

PERTES.—Pertes...

CORPUS.—¿Qué?

PERTES.—Yo sólo veo una parte de ti.

CORPUS.—Ciertamente, aquella parte que te es dado ver.

PERTES.—Y, sin embargo, creo que te estoy viendo entero; no puedo creer que la parte que no veo se haya separado de ti.

CORPUS.—Pero de hecho no la ves.

PERTES.—Así, pues, te estoy mirando sinecdóquicamente, ¿se dice así?

CORPUS.—No hay nada malo en ello. El caso es mirarse sinecdóquicamente, pero con afecto.

PERTES.—Lo malo es que el afecto también se dirige a una parte de ti.

CORPUS.—Claro, aquella parte que te es dado querer.

PERTES.—Así, pues, te estoy mirando sinecdóquicamente, pero con afecto sinecdóquico.

CORPUS.—No tienes por qué llamarte a engaño, no te pongas así. Todo lo hacemos, lo poco que hacemos, sinecdóquicamente. Pertes...

PERTES.—¿Qué?

CORPUS.—¿Lo ves? Para llamarte utilizo esa palabra, Pertes, que es tan sólo una parte de ti.

PERTES.—¿Y si yo respondo con todo mi ser?

CORPUS.—¿Cómo vas a responder con todo tu ser? En todo caso responderás con una parte de tu ser, que se atribuye la representación del todo: pura conducta sinecdóquica...

PERTES.—Somos criaturas sinecdóquicas.

CORPUS.—Eso es una sinécdoque más; vuelve a tomar la parte por el todo. Si somos sinecdóquicos, lo seremos sinecdóquicamente a fin de no caer, de nuevo, en la vulgaridad de creer que una nota de nuestro carácter constituye la esencia de nuestro ser.

PERTES.—Así pues, somos criaturas sinecdóquicamente sinecdóquicas.

CORPUS.—O bien sinecdóquicas de segundo grado, como yo he dicho tantas veces. Como no me he cansado de repetir a los que me han querido escuchar. ¿Qué te pasa?

PERTES.—Recapacito.

CORPUS.—¿Y qué recapacitas, si puede saberse?

PERTES.—Considero que, por fueza, la felicidad que sentimos es una parte de la felicidad que nos envuelve. La fortuna de que gozamos es una parte de la fortuna que está a nuestro alcance, y el afecto que informa nuestras relaciones es sólo una fracción, y quizá pequeña, del afecto que en verdad nos une.

CORPUS.—Sí y no. De eso ya no puedo estar tan seguro. Así debería ser, en efecto, si el mundo fuera como debiera ser. No sé qué pasa, pero no es así; debe ser nuestra inteligencia la que ha apartado el mundo de su buen camino.

PERTES.—De cualquier forma es una gran alegría (cuando todo nos sonríe y cada día amanece para anunciarme un nuevo plazo a nuestra ventura) saber que todo lo vemos y lo sentimos sinecdóquicamente. De esa forma tenemos felicidad para rato. Seguramente

tendremos que abandonar este mundo sin haber podido tener acceso a toda la felicidad que encierra.

CORPUS.—Una ley tan optimista que no deja de ser triste.

PERTES.—Más que triste, angustiosa, Corpus. Es esa ley en virtud de la cual vivimos sin esperanza, acuciados por el deseo. Ahora lo veo todo muy claro.

CORPUS.—¿Qué es lo que ves claro? No sólo verás una parte clara, sino con una parcial claridad. Así que no repitas frases como esa de «ahora lo veo todo muy claro», que no son más que un atentado a nuestra condición más íntima.

PERTES.—Touché. Pero, repito, en virtud de nuestra naturaleza sinecdóquicamente sinecdóquica para aquel que vive en la felicidad, esta vida es un verdadero calvario, porque nunca dejará de estar atribulado por toda la fracción de felicidad que nunca le será dado alcanzar. Por el contrario, y vuelvo a citar tus célebres palabras, para aquel que se sitúa en la desdicha todo el camino que le queda por andar está... cubierto de pétalos de rosa. Me imagino (y me sacuden los escalofríos sólo de pensarlo) qué enorme fuente de gozo debe ser para el desventurado el saber que la desdicha que sufre es sólo una parte de la que le podría asolar y que nunca vivirá lo bastante como para probarla toda. Dime, Corpus, ¿no has notado un leve cambio en el perfume que embalsama el aire?

CORPUS.—Claro que lo he notado. ¿O te crees que he perdido los sentidos? Precisamente porque lo he notado comprendo ahora la multitud de aromas inefables que podrían llegar a nuestro olfato y que nunca lograremos percibir... en su totalidad. Es terrible, terrible.

PERTES.—Todo es igual. Esa melodía de dulzainas, ¿no has dicho antes que eran dulzainas?

CORPUS.—Es una zampoña, a ver si aprendes a distinguir.

PERTES.—Esa zampoña tan dulce... me está desgarrando la carne, Corpus. Siento cada nota como una cuchillada; esto es inaguantable; cuanto más agradable es la melodía mayor es mi sufrimiento. ¡Y ese horrible aroma del espliego!

CORPUS.—Y eso que se ve allá, ¿acaso es el crepúsculo? Tienes razón, toda belleza es malsana, y si me apuras, injustificable. Como no termine pronto esa puesta de sol no sé qué va a ser de mí. ¿A quién se le ocurrió eso de que el hombre ama la belleza? ¿Quién le dio derecho a decir semejante cosa? Se podía haber callado.

PERTES.—Todo parece indicar que el sol se está poniendo ya, dijo el sabio Filipo.

CORPUS.—¿Y quién era el sabio Filipo?

PERTES.—Un hombre muy bueno; pero creo que era muy viejo. El hombre que me enseñó todo lo que yo sé acerca de crepúsculos.

CORPUS.—¿Es que tú sabes mucho acerca de crepúsculos?

PERTES.—Mucho no, pero sé lo más importante.

CORPUS.—¿El qué?

PERTES.—Que tarde o temprano llegan.

CORPUS.—Sí, parece bastante, bien mirado. Si yo hubiera sabido eso en mi juventud ahora estaría donde estoy.

PERTES.—Querrás decir: ahora no estaría donde estoy.

CORPUS.—Quise decir lo que dije: que ahora estaría donde estoy. Si ahora no estuviera donde estoy no tenía por qué haber sabido lo que ahora sé. Estoy donde estoy porque supe lo que sé ¿Es que no te das cuenta?

PERTES.—Entonces, en tu juventud, ¿sabías mucho acerca de crepúsculos?

CORPUS.—Casi todo. Quizá no sabía que lo supiese. Es decir, hay dos clases de saber.

PERTES.—De todo hay dos clases; creo que de hombres también.

CORPUS.—No te diré, no tengo demasiada experiencia acerca de hombres. Ahora me estaba refiriendo a la ciencia del saber.

PERTES.—Tú te refieres al saber de las cosas y al saber que se saben las cosas.

CORPUS.—En cierto modo sí, pero yo no lo sé medir de esa forma. Pera medir el saber correctamente hay que saber lo que ocurre cuando se aprenda una cosa que no se sabía.

PERTES.—El asombro y la incredulidad, lo primero.

CORPUS.—Sí y no. Si no existe sorpresa ni incredulidad, se puede decir que ignorando aquello que se aprende se sabía sin saberlo. ¿Te acuerdas cuál es el primer axioma de la ciencia del saber?

PERTES.—Sólo se debe aprender lo que no se puede saber.

CORPUS.—Exacto. ¿A qué nos lleva eso?

PERTES.—A un primer corolario con el que no estoy de acuerdo. Si sólo se puede llamar aprender, propiamente, a lo que se ignora totalmente, como no se puede saber que se ignora, se ha de recibir con asombro.

CORPUS.—A eso los viejos le hemos llamado, desde siglos, la revelación.

PERTES.—Mal hecho, con eso no habéis logrado más que confundir el pensamiento. Pero volvamos a lo de antes; hay dos clases de saber: el que ocupa lugar y el que no ocupa lugar. El que no ocupa lugar no es propiamente un saber, sino un saber lo sabido. Como lo sabido ya ocupaba su lugar, el saberlo viene a superponerse con él, como ese colmillo que nace a destiempo y alojándose detrás de uno que lleva muchos años masticando, apenas añade nada a la dentadura. Por el contrario, el verdadero saber es siempre como una nueva dentición. ¿No te has dado cuenta de que todo nuevo saber nos devuelve, aunque sea por momentos, a la infancia? Te diré, Corpus, que al igual que la dentadura hay una sabiduría de leche que, a una cierta edad, cae para dar paso a aquella con la que nos han de enterrar, o que destruida por tanta carie, el protésico sustituye por otra artificial, de análogo aspecto, pero sin raíces. ¿Qué parte de la sabiduría del hombre es, según tú, Corpus, protésica?

CORPUS.—Querrás decir, sinecdóquicamente protésica. Una gran parte, casi toda. En primer lugar toda la sabiduría que es justificativa de otra; en segundo lugar casi toda aquella que necesita justificación. ¿Crees tú que ya ha terminado el crepúsculo?

PERTES.—Todo parece indicar que sí.

CORPUS.—¿Crees tú que llegará el nuevo día?

PERTES.—Me han enseñado a esperarlo.

CORPUS.—¿Crees tú que es necesario justificar la necesidad de que llegue el nuevo día?

PERTES.—De eso no estoy tan seguro. Tengo entendido—me parece que lo he leído hace poco—que hay una diferencia importante entre la llegada del día y la llegada de la noche.

CORPUS.—Es una diferencia obvia y no necesitada de justificación, sino todo lo más de descripción.

PERTES.—También he oído decir que así como la llegada del día es cosa mecánica e irremediable, con la llegada de la noche no ocurre así. Al parecer acostumbra llegar a la hora prevista, pero no es forzoso que sea así; puede llegar y puede no llegar, o llegar a otra hora. No está tan predeterminada como la del día.

CORPUS.—No me extrañaría nada que así fuese. Pero para la ciencia protésica tales fenómenos son demasiado sutiles. Busca una justificación para la llegada del día y forzosamente tiene que encontrar una causa para la llegada de la noche. Son ganas de medir todas las cosas con el mismo rasero. En el fondo es una ciencia llena de desprecio para el corazón humano.

PERTES.—Es una actividad grosera. Lo que yo le reprocho sobre todo es un afán por la simetría; me parece que la simetría nace de la falta de educación.

CORPUS.—Y el afán por no dejar ningún cabo suelto, una manía tan perjudicial como la anterior. ¿Qué necesidad hay de obligar a la noche a llegar cada día a la hora prevista?

PERTES.—Quizá no obliga, sino predice.

CORPUS.—Obliga, obliga, ya lo creo que obliga; quien afirma lo contrario miente para ocultar sus verdaderas intenciones. Conozco mucha gente que asegura que se limita sólo a observar, pero que, llegado el caso, sentiría como cosa propia que la noche no acudiese puntualmente a la cita. Te lo aseguro, enfermarían, creerían que el mundo se les viene abajo.

PERTES.—Esa gente, además, lo tiene todo en sus manos. Quién sabe si nos están engañando cada hora y cada minuto. No me extrañaría nada; con tal de demostrar que todo obedece a sus leyes y previsiones son capaces de ocultarnos lo que en verdad está ocurriendo. Me pregunto si ciertamente llegará la noche a la hora prevista o arreglarán la hora para que sea la prevista cuando llegue la noche. De esa gente que sabe cosas se puede esperar cualquier infamia, cualquier cosa.

CORPUS.—Cualquier cosa no; todo menos generosidad.

PERTES.—Dices bien, ni generosidad ni grandeza. Simple egoísmo.

CORPUS.—Todo esto me da mucho que pensar. Algunas veces, a fuer de ser lúcidos, somos injustos. No estoy seguro de las intenciones de la gente que nos rodea, Pertes. Es posible, no me atrevo a negarlo, que tomen alguna decisión mirando a nuestro provecho. Pero tampoco me atrevo a jurarlo.

PERTES.—Lo malo es la incertidumbre. Yo estaría mucho más tranquilo si lo hiceran todo con el fin de favorecernos. Así, con mi natural desconfianza, creería justamente lo contrario, y en cierto modo viviría confiado, como dentro de un baluarte, defendido por

mis convicciones. Pero tan pronto te llaman perro como género humano, tan pronto dicen que luchan por nuestra redención como por nuestra extinción. Y así no hay manera de saber a qué atenerse.

CORPUS.—Te equivocas, ése es el único método para ejercitar una defensa eficaz. Con sus propias contradicciones están fomentando nuestra hostilidad El otro día (te lo cuento para que te sirva de lección) se me acercó uno de ellos y me dijo: «Corpus, te necesitamos.» Y yo le contesté: «No comprendo por qué me necesitáis, porque yo no os necesito a vosotros.» «Precisamente», me replicó, «lo que necesitamos es que tú nos necesites. No podemos soportar la indiferencia. Así, pues, hemos decidido necesitarte para que tú a tu vez nos necesites». La cosa me extrañó, no te lo puedo negar; medité un momento y le dije: «Espero que sea un halago, no una necesidad.» «No sé qué contestarte», me dijo. «No creo que sea un halago, no nos gusta halagar (lo que puedes comprender perfectamente) a quienes nos demuestran tanto despego. Por otra parte, ¿cómo va a ser una necesidad? No te necesitamos para nada, eso está bien claro. Pero sí necesitamos (y no te diré con qué fines) que todo el mundo nos necesite. Por consiguiente, ya sabes a qué atenerte; tú tienes la última palabra», me dijo.

PERTES.—¿Qué le contestaste?

CORPUS.—No lo sé, no lo recuerdo. Pero tengo la impresión de que no podía decir nada sin comprometerme. Así que dije lo primero que se me pasó por la cabeza, a sabiendas de que era lo que más me podía comprometer.

PERTES.—Hiciste muy bien. Es lo único que se puede hacer con esa gente. Al principio resulta difícil comprender cómo se puede convivir con ese género de personas que necesita a todo trance comprometernos. Pero una vez que se apercibe uno de que esa condición es innata e inseparable de la naturaleza humana, lo más sabio es conducirse de la forma más comprometedora. Yo sobre todo eso sé mucho, Corpus, mucho. En materia de compromisos (se ha dicho no sé dónde) soy uno de los buenos especialistas de esta tierra.

CORPUS.—Me extraña, pero no lo niego. ¿Dónde lo aprendiste? ¿Qué es lo que sabes tú acerca de todo eso?

PERTES.—Repito que sé mucho; no me preguntes dónde lo aprendí. Sabes de sobra que fue...

CORPUS.—¿Dónde?

PERTES.—En el amor.

CORPUS.—Amor ¿a quién?

PERTES.—A nadie. Yo nunca he tenido amor por alguien. Estaría bueno.

CORPUS.—Quizá alguien ha tenido amor por ti y no te has enterado. Esas cosas ocurren a veces, Pertes.

PERTES.—No lo puedo creer. Eso lo dice la gente que ha leído mucho sobre el amor. Sobre el amor no compartido, sobre todo, que es el que ha dado más que hablar.

CORPUS.—Naturalmente. ¿Por qué va a dar que hablar el amor compartido? Supongo yo que da otras cosas.

PERTES.—¿El qué?

CORPUS.—Qué preguntas, Pertes. El amor compartido dará la sensación de compartir algo, digo yo.

PERTES.—Sí, pero ¿qué es lo que se comparte? Ese es el problema. Dime, Corpus, ¿compartirías tú la cama con una persona que comparte el amor contigo?

CORPUS.—Desde luego que no. ¡Qué preguntas, Pertes! Siempre preguntas lo que tiene una respuesta inmediata.

PERTES.—Pero entonces ¿qué se puede compartir? Eso es lo que yo he querido saber desde niño. Si lo hubiera sabido a tiempo no habría vacilado en amar a una persona. Pero amar a una persona sin saber lo que se puede compartir con ella me parece un riesgo temerario. Le das la mano y te quita el brazo.

CORPUS.—Se debe compartir con una persona todo aquello que un día se puede dejar de compartir.

PERTES.—Encuentro que es una fórmula banal después de pensarla un poco. No me dice nada; de acuerdo con esa regla se elimina todo el riesgo; la gente estaría todo el día amando, sin preocuparse de otra cosa.

CORPUS.—Y de hecho es lo que hacen; no hacen otra cosa, es inaudito. Aman sin freno y aún se quejan de la incomprensión que los rodea.

PERTES.—No lo creas, eso era antes. Ahora sólo ama la gente de dinero y por una razón muy simple.

CORPUS.—Porque siempre se ama por dinero.

PERTES.—Eso es lo que debiera ser si en este mundo hubiera un poco de lógica. Pero es justamente por lo contrario. Parece que a la gente no le gusta que se le ame por su dinero y no comprendo por qué; a mí es lo que me gustaría, pero eso no viene al caso. Lo cierto es que tienen que amar (y amar mucho, casi todos los días) para demostrar que no aman ni son amados por su dinero. Ese es, al parecer, el mayor castigo de la gente con dinero.

CORPUS.—Querrás decir al revés, el castigo de la gente sin dinero que, lo quiera o no, se ve acosada constantemente por el amor de la gente con dinero. Por eso yo desde joven me decidí a tener dinero, mucho dinero, a fin de no verme asediado por la gente rica. Es una fórmula admirable que me la enseñó un hombre muy viejo, que no tenía dinero, y que no me acuerdo cómo se llamaba. Creso me parece, o algo así.

PERTES.—No creo que fuera Creso, a quien yo conocí en el exilio. Era un hombre muy sagaz y muy rico y no concibo que fuera el autor de una fórmula tan estúpida. Porque esa regla es una idiotez, Corpus, ¿cómo va a estar la gente sin dinero acosada por la que lo tiene?

CORPUS.—A mí no me preguntes nada, todo eso apenas me importa. Lo único que me importa es haber llegado a esta edad sin deber nada a nadie y sin echar nada de menos. Y eso se lo tengo que agradecer a quien me enseñó, siendo niño, a no querer a nadie.

PERTES.—¿Quién te enseñó eso?

CORPUS.—Mi madre, que gloria haya.

PERTES.—Y tu madre ¿te quería?

CORPUS.—Yo creo que no me quería nada. Era una mujer que no quería ni a su padre.

PERTES.—Si no te quería nada, ¿cómo te enseñó una regla para vivir feliz y tranquilo? Eso sólo lo puede hacer quien obedece a los imperativos del amor más desinteresado.

CORPUS.—Es que el querer y el no querer es lo mismo cuando el que quiere quiere que no le quieran. Mi madre solía decir que por lo mucho que quería a la gente no podía querer a nadie y mucho menos tomar afecto a cualquiera. Y tenía razón: yo no conozco a nadie que en pago del afecto no haya recibido una puñalada.

PERTES.—Y no podía ser de otra manera. Imagínate que una persona te empieza a querer. Por no sé qué maldita condición de nuestra naturaleza se quiere tanto más cuanto menos se es correspondido; hasta que un día el indiferente, enternecido por los esfuerzos y desvelos del otro, empieza a cobrarle afecto. Se puede decir que a partir de ese momento se ha echado todo a perder porque el que empezó por querer, comprendiendo que sus esfuerzos han logrado el fin deseado, comienza por restringirlos hasta suspenderlos totalmente en cuanto se apercibe del afán del otro para intentar que los reanude. Se han cambiado las tornas; ahora aquel que en un principio no correspondía al amante, pero que tanto gustó de sus demostraciones de amor, acosa al primero para que reanude los esfuerzos por quererle. Pero éste, que no deseaba más que este acoso, se resiste a ello a sabiendas de que en cuanto acceda a ello el otro remitirá y suspenderá su acoso. Así que, en la mayoría de los casos, cuando se dice que una persona quiere a otra se está cometiendo una impropiedad porque lo que quiere es que el otro le quiera a él. Así el amor entre dos personas que lo que quieren es que se les quiera es si no imposible, sí instantáneo; un breve momento a lo largo de un constante forcejeo. Es como si en el juego del columpio el único momento grato fuera aquel en que los dos ocupantes están en el mismo nivel. A los tres o cuatro viajes ni siquiera ese momento es grato porque el placer que en él reside se halla mitigado o anulado por la inminencia del descenso. Es un juego infame en el que sólo se divierte el que está arriba a condición de que el otro esté debajo y sufra.

CORPUS.—A mí me han dicho que en algunos casos excepcionales no existe ese forcejeo. No sé quién me ha hablado de ciertas personas que se encuentran por casualidad y al cabo de pocas horas se sienten unidas para toda la vida. Yo no los he visto nunca, pero me han hablado de ellos. Me han hablado muy bien de ellos.

PERTES.—Eso es lo malo, que a todos nos han hablado muy bien de ellos. Nadie los ha visto pero todos hemos oído hablar acerca de su famosa felicidad, con grandes extremos. Y con la confianza puesta en ese ejemplo falaz la gente se lanza al juego del amor sin darse cuenta de las torturas que le aguardan. La gente no piensa, Corpus; si pensara no querría, no tendría afecto por nada.

CORPUS.—¿Es verdad que tú me tienes un cierto afecto, Pertes?

PERTES.—No, no es verdad; no se me ha pasado nunca por la cabeza. Me he decidido a no hacer nada por mí mismo y me he con-

vencido que sólo se debe hacer lo que te dicen que se debe hacer.

CORPUS.—¿Y si te repugna hacer lo que te obligan a hacer?

PERTES.—No tiene por qué repugnarte porque lo primero que hay que desterrar es el gusto propio, la afición por las cosas e incluso el juicio. Todo eso son facultades inútiles y frívolas y que, para quien sólo piensa en sí mismo, como yo, no sirven para nada.

CORPUS.—Yo creo que tú me tienes un cierto afecto.

PERTES.—No, ninguno.

CORPUS.—En el fondo, estoy seguro de que me quieres.

PERTES.—No, de ninguna manera. Lo único que yo quiero es un poco de paz; he sufrido mucho por querer ciertas cosas y ya no quiero nada. No tener dolor ni echar nada de menos, ni necesitar nada.

CORPUS.—No hablo de los demás, sino de mí mismo. Siempre me vas a tener a tu lado y nunca me echarás de menos, te lo juro. Deberías quererme, Pertes, créeme.

PERTES.—Falacias, palabras engañosas que para mí ya no cuentan. Para ser consecuente no hay que hacer la menor concesión en lo que se refiere al afecto. En cuanto se empieza por querer una cosa, la más nimia, se busca uno una necesidad. Luego esa cosa falta y se tiene que sustituir por otra y así comienza siempre una búsqueda desenfrenada que no conoce el fin. Es mejor no confiar ni querer nada que no sea exactamente tan firme y duradero como uno mismo. Así que lo único que se puede querer es a uno mismo; de esa forma, además, no sólo se preserva la propia paz sino que se evita a los demás los quebrantos que el afecto inducido podría causarles. Deberíamos atenernos a esa regla y hablarnos apenas para que la falta de uno cualquiera no fuera sentida por los demás.

CORPUS.—Ni la falta ni la presencia. Si una cosa no se echa a faltar es porque su presencia pasó inadvertida. Está demostrado que uno no puede apercibirse de su propia presencia si no es por la influencia que ejerce en el medio que le rodea. Si te estás absolutamente quieto y callado, ajeno a todo lo que hay a tu alrededor, desapareces incluso para ti mismo. La única manera de quererse a sí mismo es quererse a través del cariño que le tengan los demás. Te lo aseguro, Pertes, sólo te puedes querer queriendo aquello que los demás quieren en ti. Por eso deberías quererme, créeme, te lo digo por tu bien y para ayudarte en tu cariño. Yo no pido nada para mí.

PERTES.—Además de no creerte me obligas a recelar de ti. No te veo claro, Corpus, me parece que no hablamos el mismo lenguaje. Yo no tengo ninguna necesidad de quererme. ¿Para qué había de quererme? Bastante tengo con ser, con ser yo. Lo que yo quiero es preservarme, no quererme. No, Corpus, no; no confundamos; bastante tengo con preservarme y mantenerme vivo para encima tener que divertirme conmigo mismo. Todas las mañanas cuando me levanto me digo: «Aquí sigue éste, el mismo de ayer. No ha cambiado nada. El mismo de ayer, el mismo de mañana y el mismo de siempre. Y se creerá un tipo divertido. Pero hay que aguantarle, qué remedio queda.» Eso es lo que me digo todas las mañanas.

CORPUS.—La ventaja del amor es que eso mismo, todas las mañanas, te lo dice el otro.

PERTES.—No veo dónde está la ventaja; más bien parece una impertinencia.

CORPUS.—Es una economía, más bien. Se ahorra mucho cuando se ama.

PERTES.—Sobre todo, palabras.

CORPUS.—Y afectos. Sobre todo, afectos.

PERTES.—Y pasiones. E interés por las cosas; lo único que a mí me induciría a amar a una persona es que se pierde el interés por todo. Lo malo es que el interés se centra en una persona.

CORPUS.—¿Es verdad eso? Yo no lo puedo creer. Me parece demasiado simple. ¿Es verdad que el amor es así?

PERTES.—No me atrevo a afirmarlo, pero casi todos lo aseguran.

CORPUS.—Se ha debido exagerar mucho acerca de todo eso, pero algo de cierto debe haber en lo que dicen.

PERTES.—Yo creo que hay una fórmula muy interesante que deberíamos ensayar.

CORPUS.—¿Una fórmula muy interesante? ¿Cómo es posible eso?

PERTES.—Escucha, una regla prometedora y simple que hasta ahora nos ha pasado inadvertida. Y todo, por no pensar, por no reflexionar con atención y rigor.

CORPUS.—Dime, dime. ¡Ah, qué impaciencia la mía!

PERTES.—Amar a una persona por la que no se tenga el menor interés.

CORPUS.—En principio, no veo cuál puede ser la ventaja. Sólo veo inconvenientes.

PERTES.—Escucha, por el hecho de amar se pierde el interés por todo, excepto por la persona amada. Pero como se elige una persona que no despierta ningún interés, por este procedimiento (menos elíptico de lo que a primera vista pueda parecer) se pierde totalmente el interés por todo cuanto nos rodea.

CORPUS.—Reconozco que está muy claro, pero me parece harto difícil llevarlo a la práctica.

PERTES.—Deberíamos ensayarlo...

CORPUS.—¿Cuándo?

PERTES.—Ahora.

CORPUS.—¿Y si sale bien?

PERTES.—Si sale bien habremos logrado dar hacia delante un paso gigantesco en la historia de las relaciones entre las personas. Quizá sea la aurora de una nueva civilización.

CORPUS.—¿Y qué adelantamos nosotros con que amanezca una nueva civilización?

PERTES.—No adelantamos nada. No ganamos nada. Precisamente por eso. Si esa civilización amanece lo perdemos todo, Corpus. Por eso soy partidario de ensayarlo.

CORPUS.—Tienes razón. Yo también soy partidario de hacer el ensayo. ¿Empezamos ahora?

PERTES.—Adelante.

CORPUS.—¿Quién ha de comenzar? Creo que deberías comenzar tú, ya que yo no despierto el menor interés en ti.

PERTES.—No me parece mal. ¿Qué tengo que hacer?

CORPUS.—Creo que tienes que amarme.

PERTES.—Allá voy.

CORPUS.—¿Que tal?

PERTES.—Espera un poco, no te precipites. Hay que dar tiempo al tiempo.

CORPUS.—¿Y ahora?

PERTES.—Casi todo sigue igual. Hay que dejar las cosas que sigan su marcha. Ya te avisaré si pasa algo.

CORPUS.—¿No notas ningún cambio?

PERTES.—Por ahora apenas noto nada.

CORPUS.—Pero ¿estás seguro de que me estás amando?, ¿no me estarás dando gato por liebre? Vete con ojo, Pertes, que nos va mucho en este experimento.

PERTES.—Yo hago lo que puedo, qué quieres que te diga. Y tú, ¿no crees que podrías colaborar un poco? Siempre lo tengo que hacer yo todo.

CORPUS.—Pero ¿qué puedo hacer yo? Aparte de dejarme querer, ¿qué demonio puedo hacer?

PERTES.—No se me ocurre lo que puedes hacer. Pienso si podrías excitar mi amor sin despertar mi interés. Eso sería una gran solución.

CORPUS.—Vamos por partes; que cada cual haga una cosa.

PERTES.—Veamos cómo.

CORPUS.—Yo encenderé en tu interior una hoguera de pasiones.

PERTES.—Y luego ¿qué?

CORPUS.—Tú, por tu parte, te rodeas de un enorme y helado cinturón de indiferencia tan grueso que ningún fuego interior será capaz de atravesarlo. ¿Qué te parece?

PERTES.—¿Y si ardo? ¿Y si el fuego de la pasión se demuestra más fuerte que el hielo de la indiferencia? ¿Quién me sacará a mí de semejante incendio?

CORPUS.—En tu mano está el evitarlo. Cuando sientas que la capa de indiferencia es lo bastante gruesa me avisas y yo enciendo el fuego de la pasión.

PERTES.—De acuerdo. Yo ya estoy preparado.

CORPUS.—¿Lo enciendo ya?

PERTES.—Cuando quieras. Estoy defendido contra las mayores quemaduras de la pasión. Adelante, comienza de una vez, desdichado.

CORPUS.—¿Ya está? ¿Qué tal te sientes?

PERTES.—No me siento ni bien ni mal. Me siento igual que siempre: acuciado y torturado por una pasión que no sabe encontrar el camino a través de la indiferencia.

CORPUS.—Ten paciencia. ¿Y ahora?

PERTES.—Ah, ahora es otra cosa; otra cosa muy distinta y jamás sentida hasta ahora. Una cosa nueva, nueva, y muy singular.

CORPUS.—Pero ¿de qué se trata?

PERTES.—Calla, calla, no me distraigas.

CORPUS.—Pero ¿qué sientes?

PERTES.—No lo sé. Es inefable.

CORPUS.—¿Te sientes otro hombre? ¿Vives en otro mundo? Dime, ¿te ves transportado?

PERTES.—Debo de estar completamente transportado.

CORPUS.—¿Adónde?

PERTES.—No te lo puedo decir. Se trata de goces solitarios, me es imposible hacerte partícipe de ellos.

CORPUS.—¿Por qué no nos transmutamos?

PERTES.—Porque somos intransmutables e intransferibles. Cada cual debe atender a su juego, olvidarse de los demás e importarle una higa lo que le ocurra al otro. Es lo que te he dicho siempre, Corpus, pero nunca me has querido hacer caso. Ahora tienes tu merecido.

CORPUS.—Simpatía arrolladora; gratitud eterna ¡qué nobleza de miras!

PERTES.—No te dejes devorar por los celos, Corpus. Cambia de manera de vivir. Ya verás cómo todo se arreglará; todo hombre tiene derecho a buscar su acomodo. Olvídate de mí y sigue tu camino; un día también amanecerá para ti el sol de la esperanza. Adiós, ahora, adiós.

CORPUS.—¿Adónde te vas?

PERTES.—No me voy a ninguna parte porque estoy bien donde estoy. El que tienes que ir eres tú.

CORPUS.—¿Adónde?

PERTES.—¿Por qué me lo preguntas a mí? ¿Acaso soy yo tu consejero espiritual? Me importa una higa a dónde te vayas; por mi parte te puedes ir al infierno.

CORPUS.—Está bien, me iré a donde me plazca. No tienes necesidad de indicarme el camino. No te muevas, sé dónde está la salida.

PERTES.—¿Donde te plazca? ¿Es que tienes predilecciones?

CORPUS.—Ya lo creo. Necesito descanso. Descanso y soledad, mucha soledad.

PERTES.—Te puedo indicar un lugar donde estarás a tus anchas, si logras resistirlo. Rodeado de una selva impenetrable, nadie es capaz de...

CORPUS.—Proselitismo, sucio proselitismo. Me avergüenzas, Pertes; ahora siento como una liberación al alejarme de ti. Adiós.

PERTES.—¿Te vas?

CORPUS.—Me voy.

PERTES.—¿Adónde?

CORPUS.—No te lo puedo decir. A un lugar que sólo yo conozco, donde tú no tendrás entrada jamás.

PERTES.—¿Un lugar paradisíaco?

CORPUS.—No exactamente; es un lugar bastante sombrío donde, según me han dicho, el alma vive todo el día atormentada por los remordimientos, acongojada por la más negra desesperación.

PERTES.—¡No es posible!

CORPUS.—Te lo juro. Así dice el folleto explicativo: «Ni un instante sin lágrimas ni un lugar para el consuelo.»

PERTES.—¿Y vas a ir solo?

CORPUS.—Solo, completamente solo.

PERTES.—No puedes hacerme eso.

CORPUS.—¿Acaso no lo haces tú? ¿No eres tú el primero que ha optado por abandonar al otro? ¿Por qué no lo he de hacer yo?

PERTES.—No nos engañemos, es inútil engañarse, Corpus. La soledad en la que vivo es un infierno.

CORPUS.—También lo es para mí. Pero también es un infierno tu compañía.

PERTES.—También lo es para mí la tuya. Y sabiendo cómo la mía lo es para ti me decidí por la soledad para evitarte mayores sinsabores.
CORPUS.—Así lo pensé yo también. Pero ahora todo da lo mismo.
PERTES.—Siempre, se haga lo que se haga, da todo lo mismo.
CORPUS.—Por eso es preferible no cambiar. ¿Para qué hemos de cambiar si todo sigue igual?
PERTES.—No es que no debamos cambiar; es que no podemos hacerlo. Hay que seguir unidos, Corpus.
CORPUS.—Unidos en la desgracia.
PERTES.—Aun cuando no puede ser de otra manera, no desaprovechas ninguna ocasión para vejarme.
CORPUS.—Ni tú para torturarme.
PERTES.—Pero no hay alternativa.
CORPUS.—Lo hemos ensayado todo y es inútil.
PERTES.—No se puede inventar nada.
CORPUS.—Habiéndose inventado la desgracia, ¿qué necesidad hay de buscar otra cosa?
PERTES.—No hay manera. ¿Verdad que no hay manera, Corpus?
CORPUS.—No, no hay manera de hacer nada. Es terrible; no saldremos de esto.
PERTES.—No, no saldremos de esto ni de cualquier otra cosa.
CORPUS.—¿Para qué habríamos de salir?
PERTES.—Para nada. Absolutamente para nada.
CORPUS.—Entonces es mejor quedarse en esto.
PERTES.—Ni es mejor ni es peor. Es lo único.
CORPUS.—Es horrible.
PERTES.—Tú lo has dicho: ya lo creo que es horrible.

TELÓN

JUAN BENET
Serrano, 226
MADRID